

De cómo las necesidades humanas son la base de la civilización y progreso de los pueblos

La palabra «necesidad», se deriva del latín «nec essere», que, traducido al castellano, equivale a «no ser», es decir, que sin aquello que nos proponemos conseguir, y que, por consiguiente, hemos de aplicar, nuestra existencia se perturbaría.

Según este concepto etimológico, fácilmente se puede distinguir lo «necesario» de lo meramente «superfluo». De esto se puede prescindir, aunque a la vida se le quiten ciertos goces. De lo «necesario», no; porque dejaríamos—según su etimología—de «ser», ya en el sentido de que sin su satisfacción no podríamos vivir, bien porque precisamos de ello para vivir mejor y nos es indispensable, si queremos ser incluidos en el medio donde se desenvuelven las personas civilizadas. Luego, será «necesidad» todo deseo que, de no satisfacerlo, produce malestar o dolor.

Claro está que, con el tiempo, lo «superfluo» puede convertirse en «necesario», a consecuencia del hábito. Buena prueba de ello, la tenemos en la costumbre de fumar y tomar café, que en nuestros días ha llegado a constituir una segunda naturaleza, cuando en su origen pudo considerarse como una cosa superflua. De esta suerte, surgen numerosas y múltiples necesidades, al mismo tiempo que las preexistentes disminuyen en intensidad, pudiéndose sentar la premisa de que *a mayor variedad, menos intensidad*.

En efecto, los pueblos, como los individuos, sienten en un principio pocas necesidades (alimentos, vestidos, etc.); pero a medida que van progresando, van sintiendo necesidades de otro orden, al extremo de que civilizar a un pueblo no es otra cosa que despertar en él nuevos deseos y hacerle sentir nuevas necesidades. Así se observa cómo los salvajes de Africa no

sienten las mismas necesidades que los hombres civilizados de Europa; ni nuestros antepasados pudieron sentir la necesidad de viajar en ferrocarril o automóvil, como lo sentimos nosotros; debido, sencillamente, a que en aquellos tiempos se desconocían estos medios de locomoción. Contrasta con esta situación, la de que nosotros apenas si sentimos necesidad de viajar en carros y diligencias, motivado ello por disponer de medios mucho más económicos, prácticos y cómodos.

En este caso se patentiza bien claramente cómo ha habido una disminución en intensidad. Uno de los factores que más influyen en este carácter de multiplicidad y variedad, es el *clima*. Las grandes civilizaciones de todos los tiempos surgieron allí donde la naturaleza permitía la producción sólo en una parte del año, obligando de este modo al hombre a trabajar y ahorrar para la época en que no podía producir. El hombre, por su idiosincracia, no gusta de trabajar continuamente, y si la Naturaleza le permite evitarlo, prefiere la ociosidad al trabajo y al progreso.

He aquí porqué no ha habido grandes civilizaciones en las regiones cálidas de la zona tórrida, en las cuales la Naturaleza pone de su parte todo lo posible para facilitar el mantenimiento de la vida. Las necesidades del hombre se cubren allí tan fácilmente y el clima es tan enervante, que aquél no adquiere hábitos de trabajo, ni acaricia ambiciones. El clima, continuamente caluroso, y las lluvias muy regulares sobre vastas extensiones de terreno, conservan siempre verde y lozana la vegetación.

Los naturales de Jamaica y de Cuba, del Africa Central, de Filipinas o de las Indias Orientales, pueden construirse un pequeño albergue de hojas de palmera para resguardarse de la lluvia, eximiéndoles, lo cálido del clima, de la necesidad de más